

**PREGON DE LA SEMANA SANTA DE LUGO
2026**

POR

JOSÉ ANTONIO ROLDÁN LOZANO.

25 DE MARZO DE 2026

Con todo mi Amor a mi familia

Con todo mi afecto a la Junta de Cofradías

Con todo cariño a mi querida ciudad de Lugo

Con todo respeto y humildad a Dios

PREGON SEMANA SANTA DE LUGO 2026

Boa noite a tódolos presentes; grazas Moncho pola túa presentación.

Hoxe diríxome a vostedes, como un cidadán mais desta marabillosa cidade de Lugo.

Excmo. e Rvdmo. Sr. Bispo da Diócese de Lugo, Sr. Coordinador da Xunta de Cofradías de Lugo, Irmáns e Irmás Maiores das 6 cofradías que constitúen, xunto ca Orde Seglar Franciscana os pilares da nosa Semana Santa, Ilmo. Sr. Alcalde de Lugo, Excmas. e Ilmas. Autoridades, queridos Irmáns e Irmás cofrades, donas e cabaleiros.

Non sei se son merecente da oportunidade e da honra de dirixirme a vostedes nesta ocasión tan especial para pregoar con orgullo a Semana Santa de Lugo, festa de interese turístico galego, e, coma tódalas demais Semanas Santas de España, Manifestación Representativa do Patrimonio Cultural Inmaterial.

Quero que as miñas primeiras verbas de agradecemento sexan para a Comisión da Xunta Diocesana de Cofradías, que confiou e apostou por min querendo que lles pregoara a nosa querida Semana Santa.

Tamén grazas a vostedes que hoxe tiveron a vontade de vir a este Templo de Santiago A Nova a escoitar o pregón deste ano dous mil vinte seis. Se as miñas verbas lles sirven de axuda para preparar o gran evento que significa vivir a vindeira Semana Santa, enton terá merecido a pena a aposta da Xunta de Cofradías e eu, ó menos, ficarei satisfeito antes de marchar para casa e deixar esta igrexa.

Grazas ós meus amigos de San Marcos, por cómo nos trataron, a miña familia e a min, dende o primeiro día que chegamos a esta cidade de Lugo. Sodes a nosa familia galega, e así vos consideraremos para sempre.

Grazas ás autoridades cas que adoito coincidir en actos ou xuntanzas nas que teño participado ou asistido ó longo destes anos. Grazas polo voso agarimoso trato. E como non, ós meus compañeiros de Parga, eles fan cada día que me sinta ditoso de telos no traballo que desempeño.

E agora, para non ser irreverente demáis ca nosa benquerida lingua galega e, desculpándome de antemán se non me expresei como ela merece, vanme permitir que continúe en castelán que tamén é lingua querida e respectada por todos.

Quiero dar las gracias a mi familia, a los que permanecen conmigo y a los que ya partieron, ellos contribuyeron a construir la persona que soy; especialmente, a mi esposa Virtudes por haberme acompañado, como nómada del Siglo XXI, por los distintos destinos que mi profesión me ha deparado. Ella es el lazo de amor que mantiene unida a la familia. A mi hijo Marcos, regalo de Dios, porque me quiere y porque lo quiero; por tener la oportunidad de ser su padre y cumplir con esa tarea tan maravillosa e importante.

Pero si de agradecimiento se trata, el mío es mayor aun a esta ciudad de Lugo en general; por ser como es, por habernos acogido a mi familia y a mí como unos más de los suyos. Por haberme mostrado una Semana Santa única, porque única es esta ciudad, porque únicos son sus rincones, porque única es su historia cristiana y su gente.

Como ya anticipó nuestro presidente de la Junta de Cofradías en la presentación, soy andaluz; pero también me considero lucense, que una cosa no excluye a la otra. Digamos que me siento 50% cordobés por parte de padre, 50% jerezano por parte de madre y 50% lucense por parte de ustedes; total 150% español.

Andalucía, tierra cofrade donde las haya, me regaló desde niño vivencias maravillosas entre pasos y penitentes, entre cirios y estandartes.

Junto a mi querida hermana Mari Carmen fui educado en el seno de una familia católica; mi padre oficial del Ejército, mi madre Capitana General con mando en plaza en la familia. Ambos me llevaron de la mano para que conociera a Jesús y a María, su madre. Ese fue, quizás sin ser conscientes, el legado más importante que me dejaron y por ello les estaré eternamente agradecido.

Como les dije anteriormente ser “pregoeiro” es un honor que no creo merecer, pero al que tampoco pude ni quise negarme.

Pero permítanme que les ponga en contexto porque la cosa tiene su miga:

Una mañana fría del pasado mes de diciembre recibí una llamada en la que me citaba, con lugar día y hora y sin saber para qué, mi estimado Hno. Mayor, de la Cofradía del Bó Xesús, Manuel Barja Fonteboa. Hablaba en nombre del Presidente de la Junta de Cofradías, mi también estimado, D. Ramón Basanta Piñeiro, Moncho, para los amigos.

Miren!, como ya adivinarán, a lo largo de mi carrera profesional, Dios me bendijo poniendo bajo mi mando a hombres y mujeres que fueron colaboradores excelentes; esos que entienden que la lealtad va de arriba abajo y de abajo a arriba. Compañeros que tanto hoy

como antaño respetan y se hacen respetar. Pues bien, Moncho y Manuel son de esa clase de hombres que, como si de capitanes de los antiguos Tercios españoles se tratara, tienen la mirada acerada, la voz firme y el gesto al hablar transmite que cada palabra que pronuncian está pensada y medida. En los ojos de ambos se atisba la bondad y la honestidad que sus corazones atesoran, pero también la seriedad y la gravedad cuando la ocasión es seria.

¡ Así es Moncho y así es Manuel !.

Tras un afectuoso saludo Manuel y yo nos sentamos en San Marcos frente a frente. Nos separaba una mesa y un par de cafés. Enseguida entendí que no era mi turno de hablar sino de escuchar; y aludiendo nuevamente a aquellos aguerridos capitanes, que desenvainaban los primeros en combate, Manuel me abordó de forma directa: “José Antonio, dijo, tengo algo que pedirte que es importante para mí”. ¡“Adelante”! fue lo único que atiné a responder pensando que sería alguna gestión de mi parte; algún apoyo que prestar a la Cofradía del Buen Jesús pues, como sabrán, el Ejército de Tierra es su Hermano Mayor Honorífico.

La siguiente vez que habló fue como una estocada directa al corazón. Una estocada de certeras palabras que expresaban complicidad, ilusión, amistad y esperanza en forma de propuesta. Me dijo: “Te traslado una petición de nuestro Presidente, Moncho Basanta, que comparto completamente. Nos gustaría que el próximo año fueses tú el pregonero de la Semana Santa de Lugo”. Soltó la carga de profundidad explosiva y se quedó tan tranquilo.

Ahora, con la pelota en mi tejado, sentimientos de todos los colores se me agolparon en la cabeza: sorpresa, nerviosismo, capacitación, agradecimiento y otros más que aceleraron mi pulso y me elevaron la tensión por las nubes.

Mientras la mente procesaba las posibles respuestas, una sola frase se abrió paso desde lo más hondo del corazón. Respondí: “Sería un honor para mí, Manuel, ser pregonero de nuestra Semana Santa”.

Aún no tengo muy claro, en este mismo momento, si la dije por voluntad propia, si fue producto de la coacción de la mirada de Manuel o si desde arriba me dieron un empujón de valor para aceptar la propuesta.

Por mi formación estoy hecho a una máxima que es: “ni pedir ni rehusar”.

Una vez aceptada la proposición, para mí se convirtió en una orden por cumplir. Y así de modestia lleno me dispuse a planear, estudiar y forjar una estrategia que me llevara a buen puerto para dar con un pregón que hablara de Dios, de Jesús Nazareno y de su madre María; protagonistas en definitiva de nuestra Semana Santa de Lugo.

Pues bien llegó el momento de pregonar y nunca dejaré de agradecer este honor que hoy se me brinda.

Así es que ¡Vamos a ello!

Desde niño he vivido la Semana Santa. Y la he vivido en distintos lugares de nuestra querida y mariana España. Crecí aprendiendo de mis mayores el respeto y la devoción por cada uno de los elementos que la componen: el palio, la imagen, el manto, los varales, el incienso..., el engalanado de las calles o las espontáneas saetas de cantaores de a pie, de la gente del pueblo.

Todo esto fue recalando en la conciencia de aquel rapaz que iba entendiendo que las procesiones eran crisol en el que se fundían arte, cultura y fe.

Y así fue creciendo, mi cuerpo, mi mente y mi afición a esta Semana tan diferente de las demás, espoleado por sus distintas formas y peculiaridades en su representación.

No me considero, como dicen los del sur, un capillita, ni un fatiga, ni un hartible (que quiere decir: persona que harta hasta la extenuación) de este evento religioso, pero me conmueve su solemnidad, me sobrecoge su significado. Para mí, como para muchos, es más que una fiesta religiosa; es una ocasión heredada de nuestro pasado cristiano que nos brinda una oportunidad ideal para conectar con lo esencial; para zarandear el espíritu al ritmo de tambores y cornetas; para desviar durante unos días nuestra atención de lo material, de lo menos importante, de lo intrascendente.

En estos días se mira hacia dentro, hacia el alma, porque es ahí donde encontramos a Dios, o ¿acaso nuestro Padre no lo merece?

Particularmente le pido perdón si no lo hago lo suficiente todos los días, pero cada año me esfuerzo especialmente en hacerlo en esta Semana que es la suya, que es la nuestra.

Ese interés y devoción, del que ahora ya no es tan rapaz, por ver a Jesús y a María en la calle, a hombros de costaleros y escoltados por penitentes, quiso Dios que se viera recompensado especialmente cuando viví por vez primera la Semana Santa de Lugo. Diferente, genuina, sobria en su expresión, auténtica como la que más.

Siete Hermandades de hombres, mujeres y niños me mostraron la esencia de cada uno de los días santos.

Permítanme que les comparta lo que he vivido y lo que he sentido en relación a nuestra Semana Santa para pregonar, que es de lo que se trata, lo que de ella nos queda por vivir

en unos pocos días:

Retiembla el aire cuando baten los tambores anunciando a Jesús entre palmas y algarabía. El Domingo de Ramos se viste de gala para recibir al Rey del mundo. Ya, sus romanitos y hebreos de la parroquia de San Froilán, lo hicieron hace décadas portando a hombros en unas andas a un Niño Jesús. El párroco de entonces, D. José Fernández, organizó a los chiquillos de su catequesis para fundar la cofradía que emulaba la Entrada de Jesús en Jerusalén. D. José ya no está, ni gran parte de aquellos rapaces. Nuestro actual párroco D. José Manuel Penela recogió el testigo de catequizar a nuestros hijos, niños, que como entonces, acompañan a ese niño Jesús hecho hombre, ya no en andas, sino a lomos en nuestros días, de una borriquita.

Lo hacen con las mismas palmas y ramos, con la misma alegría y algarabía que antaño; con la misma inocencia y candidez con que lo hicieron aquellos primeros chiquillos.

A D. José y a D. José Manuel les separa el tiempo y el espacio, pero les une una cosa mucho más importante, más intangible pero no por ello menos real: el amor a los niños y el amor a Dios.

A la caída de la tarde La Virgen de los Dolores sale también este día. En su cara se adivina que el júbilo de la mañana se ha tornado tristeza. Un presentimiento oscuro se le dibuja en el rostro porque a su hijo, al que hoy coronan rey con palmas y alborozo, no tardarán en ceñirle una corona de espinas y sortearán su manto los soldados del pretorio.

Se respira en el aire un aroma de primavera.

El lunes es un día grande en la Semana Santa de Lugo. Sale de aquí mismo, desde esta iglesia de Santiago A Nova nuestra Esperanza; sale con honores de la Armada. Por un día los marineros se convierten en cofrades y los cofrades se enrolan en una procesión marinera. Existen momentos maravillosos que he podido vivir frente a los pasos y tronos procesionales de ciudades como Valladolid, Málaga, Sevilla o Jerez pero sacar a la Virgen de la Esperanza mientras suena la Salve Marinera no tiene parangón para el que les habla.

Viste un manto verde esperanza, como su nombre, como el capuz de sus penitentes. Ciñe a la cintura el fajín de un almirante y a sus pies la gorra de un marino indica sin rubor alguno la lealtad de la flota a la madre de Dios; y sepan ustedes que si algún día a la Esperanza de Lugo, algún día, le faltáramos todos, ruego, para que aún le quede la Armada acompañándola en su dolor.

Delante de ella la imagen de la Oración en el Huerto de nuestro Señor transmite la soledad de aquel que siente que nadie le acompaña en los momentos críticos por los que a veces pasamos en la vida.

Como Jesús, los creyentes nos entregamos a Dios Padre en una oración para que aparte de nuestra vía el cáliz de la amargura, pero qué difícil es aceptar, como aceptó el Maestro, la voluntad de Dios y no la propia.

Debemos saber que cuando todo está oscuro, cuando el silencio lo ocupa todo ahogando el murmullo maravilloso de la vida, nadie está perdido, ni solo. Simplemente es menester llamar a Dios como un niño llama a su padre en la oscuridad de la noche. Él no está lejos,

siempre ha estado ahí; a la distancia justa que nos permita ser libres para andar sueltos de su mano; para disfrutar de nuestros logros, de nuestros éxitos, para sentirnos orgullosos de lo que hacemos bien. Pero también para aprender de nuestros errores. Para tener la oportunidad de superar las adversidades que nos depara la vida haciéndonos más fuertes. Para que podamos ser valientes venciendo, por nosotros mismos, el miedo a lo desconocido y de crecer como personas pidiendo perdón cuando es preciso y reparando el daño que hayamos podido causar a otros que se cruzaron en nuestro camino.

Qué bien se expresa este trance en el paso de un Jesús orante arrodillado en tierra, inmerso en la decepción del que no se siente comprendido ni siquiera por los suyos.

A hombros de sus cofrades el paso se convierte en el monte de los olivos, en el Getsemaní de nuestra tierra lucense, anunciándonos el duro camino que le espera al Hijo de Dios.

Son las 20.00 hora zulú, del martes santo.

A paso lento procesionan Ntro. Padre El Buen Jesús y el Cristo Nazareno.

Tengo el honor de acompañarles cada año como uno más de los soldados del Ejército de Tierra, por ser éste miembro honorífico de su Cofradía.

Al igual que los marineros para quienes visten el uniforme color caqui, como soldados de Tierra, escoltar voluntariamente estas imágenes es una dádiva que pocos tienen la oportunidad de disfrutar.

Los uniformados se unen a dos filas de penitentes que vestidos de blanco y morado iluminan a su paso la Calle Bó Xesús con sus tulipas isabelinas.

Reproduzco y me reafirmo en lo que expresé en su día con ocasión del 75º aniversario de la fundación de la Cofradía Episcopal y Catedralicia del Buen Jesús:

Esa noche del Martes Santo:

“La Unidad militar está formada en la plaza Pio XII frente a la catedral; los cuadros de mando en posición de firmes, con el gesto grave, flanquean la entrada de los dos pasos a la puerta de la Basílica. El silencio solo se rompe con las instrucciones que, en voz queda, imparte el Hermano Mayor. A un gesto de éste el Jefe de la Banda de Guerra levanta el brazo para que sus integrantes se apresten a entonar, entre cornetas, tambores y gaitas, la canción de la saeta.

“Quien me presta una escalera para subir al madero

Para quitarle los clavos a Jesús El Nazareno.

Oh no eres tú mi cantar

No puedo cantar ni quiero

A ese Jesús del madero

Sino al que anduvo en la mar.”

El momento sobrecoge a quienes están presentes cuando el cantar brota de las gargantas de los soldados como si de un himno se tratara. Las entrañas de los creyentes se remueven con el recuerdo de la pasión de Cristo y en aquellos que no creen aflora el respeto a las imágenes y a quienes las escoltan en su calvario.”

Allá por los años 80 en esta cofradía, como en tantas otras, se da un paso adelante en la evolución de la Semana Santa. Al fin la mujer se incorporaba a la hermandad de cofrades que acompañaban los pasos. Con ello se traía la vida que les faltaba a las procesiones. Ni las cofradías, ni la Semana Santa estaban completas si les faltaba la otra mitad del mundo.

Así lo siento y permítanme que se lo transmita así:

Van transcurriendo los años

Muy a lo largo del tiempo

Las Cofradías cambian

También la del Nazareno

Miren que por entonces

Causara mayor revuelo

Que se admitieran mujeres

En tan excelso cortejo

Como en tantas ocasiones

Hubo sus quejas, sus peros

Mas los cofrades valientes

Delante de mí los veo

Rompieron con la costumbre

De tan cruel e injusto veto

¿No son dignas las mujeres

De escoltar al Jesús Bueno?

¿Acaso no fueron ellas

Las que primero lo vieron

Cuando para ungir su cuerpo

al mismo sepulcro acudieron?

Mas cuando allí se encontraban

Con asombro descubrieron

Una losa descorrida

Ningún cuerpo había dentro

María, la Magdalena,

Reconoció en un viajero

Al Cristo resucitado

De la pura Gloria lleno

Ellas fueron las primeras

En pregonar al Maestro

En esparcir su palabra

Gritarla a los cuatro vientos

Las primeras elegidas

Por el Jesús Nazareno

Para dar fe de que vive

Desde ese mismo momento

Mujeres, fueron pioneras

Del apostolado nuevo

Sin importarles calvarios

Sin que las quebrara el miedo

Si el mismo Dios las elige
Desde el momento primero
Que ningún hombre se atreva
A apartarlas con desprecio

Que mandó amarnos todos
Sin distinguir entre sexo
A quererlas, a apoyarlas
A tratarlas con respeto

Que nos amó como iguales
Pues como iguales nacieron
Que nadie discuta entonces
Ese mandato del cielo.

Hoy ya es Miércoles de Perdón.

Veo pasar al Cristo crucificado por la Plaza de Santa María, la imagen impresiona. Las trazas de su figura están tan definidas que, a juzgar por el resultado, el maestro imaginero que lo esculpió le debió poner todo su cariño en cada cincelada que abría camino en la madera; en cada golpe de gubia que desenterraba al Cristo del Perdón del bloque de madera que lo ocultaba.

Le dio arte en su policromía, creó su imagen con toda la perfección posible que un hombre puede crear y expresó en la faz del Cristo la aceptación de la muerte y el perdón que antes

de morir en la cruz nos otorgó.

Pero hubo una cosa de la que no fue capaz el maestro y que la talla merecía, no pudo insuflarle un ánima para devolverle a la vida, ni desterrar el dolor en la escultura bendita; pero puso todo su amor en la obra; una obra de amor revestida.

El Cristo asciende por Plaza Mayor camino del vía crucis, camino de la Calle de la Reina. Su madre, Ntra. Sra. de la Piedad, le sigue dolorosa, igual que cualquier madre que nunca abandonaría a su hijo en una situación como ésta. Se llevan a su hijo, pero ella, cerca, detrás, no le pierde. La Piedad le cuida sin tocarle, le mima sin caricias, le besa sin besarle. Escoltado por guardias civiles los veo perderse en dirección a Santo Domingo.

No está solo el Cristo del Perdón, sus cofrades vestidos de rojo y negro, ceñidos con cordón franciscano le arropan en el recorrido.

Con solemnidad se cierran las puertas de la Catedral para recoger un año más las imágenes; y en mi mente tan solo resuena una palabra: perdón, Señor, perdón.

Fue esa tarde, procesionando el Cristo del Perdón, seguido de cerca por su madre María, que recalé en una escena llena de ternura que me tocó el corazón y me hizo reflexionar sobre lo importante que es el lazo de amor eterno que une a una madre o a un padre con su hijo y el respeto a la vida que merece cada ser que viene al mundo:

Déjenme que les cuente:

Observé a aquella madre
Con su bebé pequeñito
Que en el regazo dormía
Procesionando mi Cristo

Un llanto quedo limpiaba
De sus ojos desprendido
Con un pañuelito blanco
Guardadito en el bolsillo

Lloraba calladamente
Sabe Dios por qué motivo
Consuélate le diría
Que te acompaña tu niño

Ese retoño que acunas
Al paso del Dios cautivo
Será consuelo en tu vida
Tú para él, nunca olvido

Cuantas madres lloraron
A sus hijos no nacidos
Porque no pudieron serlo
O porque no fueron queridos

O a aquellos que con violencia
Cortaron de su vida el hilo
Unido al vientre materno
Porque no eran bienvenidos

Virgen Madre, María
¿Dónde están esos niños?
Dime que están en el cielo
Dime que están con tu Hijo

Que como antaño solían
Siguen jugando al te pillo
Con mi Jesús Nazareno
Esos ángeles bajitos

Que los quieren las abuelas
Aquellas que ya han partido
Que los acogen con besos
De amor materno encendidos

Con abrazos, con caricias
Aquellas que no han tenido
En una tierra indolente
Que les cerró su camino

Dime que Tú los quieres
Como quisiste a tu Hijo
Que los llevas de la mano
Que nunca estarán perdidos

Que contigo están a salvo
Que rebosan de amor vivo
Y que nunca estarán solos
Que van de tu mano cogidos

Que les cuidas, que los besas
Que los proteges con mimo
A esas almas pequeñitas
Que nacer no han podido.

Son las siete y media de la tarde. Una ciudad como la nuestra que en su escudo de armas cuenta con el sacramento de la Eucaristía no podía dejar de tener una cofradía sacramental. Sus penitentes, el Jueves Santo, lucen en procesión, con sus túnicas blanco crema del hábito de las órdenes militares.

Con el permiso del Vaticano, El Pan de la Vida se pasea por las calles de Lugo expuesto en un templete de plata cincelada. En su cáliz gótico se custodia la Sagrada Forma. Procesiona saliendo de la Catedral, serpentea por calle Clérigos, Travesía del Deán Fernández Varela caminito de Casas Novoa. La piedra húmeda y el musgo de las fachadas

son testigos mudos desde hace lustros del cortejo sagrado. En forma de pan y vino consagrados, se entrega al pueblo de Lugo abriéndose paso entre sus feligreses.

Sentados a la mesa de la Santa Cena Jesús transmite paz y sosiego. Él sabe que es la última vez que cenará junto a los suyos, vivirán esta cena como si fuera la primera, porque así se entiende la vida: sin grandes expectativas, sin demasiados miedos, sin mucho apego a nuestras cosas. La vida debe entenderse de forma intensa en el momento presente, el pasado ya no existe y el futuro nunca llega a existir.

Miro el rostro del Cristo y no veo soledad, ni tristeza, tampoco dolor o preocupación; solo veo a un hombre con sus hermanos que desea que no le arrebaten ese instante, que quiere vivirlo con intensidad, consciente, con alegría, con gozo.

Esta noche todo estará en paz

Duerme bien, duerme bien

Con el sueño podrás olvidar.

Las calles de Lugo se visten de Viernes Santo y la Semana Santa se me escurre entre las manos.

Con el cuidado con el que se sostiene a un compañero herido o, como en el caso de nuestro Señor, con el respeto y honor que merece el cuerpo de quien ha dado la vida por un noble ideal o por proteger a los demás, así los Hermanos de la Cofradía del Desenclavo descenden a Jesús de la cruz. Este Viernes Santo, por la tarde, se hace el Acto del

Desenclavo en la Iglesia de los Padres Franciscanos.

María lo espera abriendo sus manos para abrazarlo en su regazo, para reconfortarlo, para curarlo, para limpiarlo. Piedad vaticana que se repite cada año, cada mes, cada día cuando una madre o un padre abraza el cuerpo inerte de un hijo caído. Aquella vez fue en el Gólgota pero en nuestros días tal vez sea en una guerra, tal vez en un hospital; tal vez en una catástrofe. Las situaciones son distintas pero el dolor es el mismo.

Señor, a la pregunta de por qué en ocasiones una madre tiene que pasar por ese trance yo no tengo respuesta; solo Tú la tienes y nos responderás cuando llegue el momento.

Nada justifica tanto dolor que te infligieron, pero Tú lo justificaste, no merecieron tenerte como maestro, tampoco tus enseñanzas, pero Tú te entregaste; te humillaron, te clavaron en un madero. No; no fueron dignos de tu amor, pero Tú los amaste sin pedir nada a cambio.

Al Santo Entierro se unen el resto de los pasos procesionales que días atrás desfilaron por las calles de la ciudad. Es un cortejo fúnebre cuyo grado de belleza artística solo tiene su correspondencia en la tristeza del momento. Lugo está de luto porque al mejor de los hombres que ha existido, existe y existirá nos lo quitaron en un día como hoy; igual que se lo arrebataron a aquellos niños de entonces con los que jugaba en su Galilea natal.

En un día como hoy solo hay tiempo para el lamento, para honrarle y rezar.

En un día como hoy:

El velo del templo se rasgó,
El cielo abrió con estruendo,
Lamentos de un centurión
¡Cristo ya te perdieron!

No les volverás a mirar
Como a un hermano pequeño,
Con la indulgencia que entiende
a los que nunca entendieron.

Qué injusta ha sido tu muerte
Por poder, por dinero
María y Magdala te lloran
A los pies de este cruceiro

Y José De Arimatea
Y el fariseo Nicodemo
Venciendo el miedo te bajan
Muy despacito hasta el suelo

Lugo te desenclava
En este crimen horrendo
De la iglesia Franciscana
Tu cuerpo ya va saliendo

Para que el mundo comprenda

El sacrificio que has hecho

Con tu muerte das la vida

Manso como el cordero

Perdónalos Padre mío

Perdona lo que te hicieron

Porque tu amor no termina

Que tu perdón es eterno.

Ya no volverás a jugar

Como un niño pequeño

Con los chicos de la aldea

Con los chiquillos del pueblo

Aquellos que se acercaban

Bienaventurados ellos

Sin importarles siquiera

Si eras rey o carpintero

Si naciste en Galilea

Si judío o extranjero

Tan solo les importaba

Que te volvías como ellos

Transparencia cristalina

Alegría, puro juego

Con la inocencia que da

Quien no conoce de egos

¿Alguno te flageló?

¿Te trataron con desprecio?

¿Alguno que te insultara?

¿Que golpeará tu cuerpo?

Ninguno de ellos lo hizo

Te dieron su amor sincero

El mismo amor que entregabas

Con la bendición del cielo

Solo querían tu risa

Un poquito de tu tiempo

Mirarlos como Tú miras

Con el mismo amor devuelto

Entonces...

¿Por qué lo hicieron los hombres?

Con ojos de ira llenos

Que clavaron sin piedad

Tus manos en el madero.

Después de un sábado, en el que la Virgen de la Piedad realiza el vía crucis en la Catedral, paseo solo por las calles de la ciudad; recorro tranquilo el itinerario por el que estos días atrás procesionaron La Esperanza, el Buen Jesús, el Desenclavo y los demás pasos de esta Semana Santa nuestra.

Vienen a mi memoria escenas pasadas que solo se viven desde el corazón; no solo las que presencié a través del mundo cofrade sino las que presentó ante mí gente anónima, gente como ustedes y como yo que sienten y padecen; que aman, que creen, que luchan, que sufren. Gente, como ustedes y como yo, que busca consuelo en Dios y... en los demás un poquito de comprensión.

Al pasar por la plaza de Santo Domingo recordé cómo el día anterior se agolpaba el gentío al paso del Santo Entierro. Dos hombres miraban la escena con la mirada clavada en el cuerpo yacente de Jesús descendido y algo llamó mi atención, verán:

No eran jóvenes ni mayores

Debían rondar los cincuenta

Bien vestidos los dos

Sin corbata con chaqueta

Con el aspecto muy limpio

Limpio por dentro y por fuera

Que se soltaron la mano

Cuando pasó por su vera

Jesús en santo sepulcro

De repujada madera

Uno se persignó el otro

Inclinó la cabeza

Me sentí avergonzado

Por mirar con extrañeza

Que siendo del mismo sexo

Dos corazones se quieran

Quien soy yo para juzgar

El amor que se profesan

Ni nuestro Papa Francisco

A juzgarlos se atreviera

El amor no tiene sexo

Ni de color entendiera

Ni religión o de lengua

Ni cuenta las primaveras

En la Iglesia caben todos

Qué clase de Iglesia fuera

Si por vestir como iguales

Por querer a su manera

Les cerráramos las puertas
Ni nuestro amor merecieran
¡Que culpa tienen ellos
De sentir como sientan!

Iglesia que acoge a todos
Que a todos libres hiciera
Refugio de todo hombre
Iglesia de puertas abiertas

Hogar para los que aman
Cuando el amor es de veras
Pa el soltero, el divorciado
El casado de primeras

El viejo o el que es joven
Los que viven en pareja
Y pa quien sale adelante
Siendo madre soltera

Ese es el amor cofrade
El que acoge en tal manera
Mas que cirios, más que flores
Mas que un paso, más que velas

Eso son las cofradías
Ayudar al que no pueda
Darle al caído la mano
Cuanto consuelo requiera

Amor de Dios infinito
Es un amor sin fronteras
Que entre hijos no distingue
Ni a ninguno prefiriera

Amor que todo lo abarca
Amor que todo lo llena
Es imposible encerrarlo
Ni en ningún armario quepa.

Domingo de Pascua

Todo cobra sentido este día.

Quienes nos llamamos cristianos celebramos con alegría que la promesa de resurrección que Jesús nos hizo se cumplió. María Magdalena, anunció a voz en grito que Jesús vive y el Cristo resucitado que hoy Domingo de Pascua sale con la Cofradía de la Borriquita nos recuerda cada año que nuestro Dios es un Dios de vida, que el hombre y el cuerpo murieron

en la cruz; pero que para Dios todo es posible y, vivo al tercer día nos lo devolvió. Lo hizo de igual manera con quienes ya no están entre nosotros. Esa esperanza nos da fuerza a los cristianos para continuar nuestro camino diario que tantas veces se hace duro sin ellos; para vivir la vida con el agradecimiento que se merece y que tan a menudo se nos olvida.

Por eso quiero terminar transmitiéndoles que:

Hoy es el día más grande

Hoy es el único día

El que a todo da sentido

Es el que nos da la vida

Nos lo anunció y no creímos

¡Mirad! su promesa cumplida

Nunca nos abandonó

En cada pobre vivía

En los niños, en enfermos

En marginados había

Un Cristo resucitado

El mismo que hoy nos mira

Amor más grande no cupo

Quien por Nós se sacrifica

No me hace falta creer

En tu palabra divina

Porque tengo la certeza
Y la convicción más fija
De que habitas en mi alma
Que eres quien más me cuida

Perdón si te he pregonado
Con buen acierto o ninguno
Pero puse el corazón
En cada verso que hubo

Que fue un honor pregonarte
Que honor más grande no tuvo
Este hombre que hoy pregona
La Semana Santa en Lugo.

Moitas grazas.